



Trasladado urgentemente desde la plaza de Pozoblanco

# Paquirri llegó ya muerto al Hospital Militar cordobés

- El toro que lo mató era el último que pensaba lidiar en esta temporada, e incluso tenía preparada una cena para celebrarlo
- Poco después de las diez de la noche llegó al centro sanitario Isabel Pantoja, que se abrazó al cadáver
- Los hijos mayores del diestro aún no conocen la noticia
- «Tranquilos, doctores, tranquilos», fueron sus últimas palabras

«Tranquilos, doctores, tranquilos; tengo una cornada muy grande, un cornalón; me noto yo mismo las dos direcciones que tiene, pero estén ustedes tranquilos, hagan lo que tengan que hacer y ya está.» Un testigo presencial, con la voz cortada por la emoción, recuerda cómo entró Francisco Rivera «Paquirri» en la enfermería de la plaza de toros de Pozoblanco. Momentos antes, un toro de Sayalero y Bandrés —el cuarto de la tarde y último de los que tenía pensado lidiar esta temporada— le había inferido una cornada en el muslo derecho y le había destrozado la arteria femoral y la vena safena. Inmediatamente el diestro fue atendido en la enfermería de dicha plaza y trasladado al Hospital Militar de Córdoba, donde ya llegó cadáver. «Avispado», número 9, de Sayalero y Brandés, fue el toro asesino.

**EL ÚLTIMO TORO DE SU TEMPORADA.** — Era el cuarto toro de la tarde y Francisco Rivera lo recogió con el capote. En uno de los lances recibió una colada impresionante. Antes, en el primero de su lote y primero de la tarde, había cortado una oreja. El toro iba a ser puesto en suerte al caballo. Nada hacía presagiar la tragedia. La res, al parecer, hizo un extraño y cogió al torero, erupitiéndole por el muslo derecho y teniéndolo en su merced durante unos segundos que se hicieron eternos. Cuando le hicieron el quite, Francisco Rivera estaba ya caído, inerte, en la arena.

Trasladado inmediatamente a la enfermería, mientras la congoja y la impresión se adueñaban de la plaza temiendo se lo peor, se le apreció una cornada que según el parte facultativo era así: «Herida por ast. de toro en el tercio superior del muslo derecho de quince centímetros de longitud y tres trayectorias, una ascendente de diez centímetros, otra hacia el centro del muslo y otra hacia abajo

de ocho centímetros, con rotura y arrancamiento de la vena safena y arteria femoral. Gran shock hemorrágico. Pronóstico, muy grave. Firmado: Doctor Eliseo Morán».

Tras ser cogido —según informa Efe—, pasó Paquirri en brazos de las asistencias a la enfermería de la plaza, donde el doctor Morán y sus ayudantes realizaron las primeras curas y, ante el estado de suma gravedad, fue trasladado a Córdoba. En principio estaba previsto que fuera internado en la Residencia Reina Sofía, de la capital cordobesa. Sin embargo, Francisco Rivera ingresó en el Hospital Militar para ganar tiempo.

**INGRESO CADAVER.** —Las primeras noticias que llegaron por teletipo de las agencias confirmaron de inmediato la muerte de Paquirri. Según Efe, había sido una enfermera del Hospital Militar la que dio la noticia de la muerte del torero a poco de ingresar en el quirófano. Posteriormente confirmaba nuestro corresponsal —en conversación con el director del centro— que Paquirri ingresó ya cadáver en el centro sanitario. No pudo el torero alcanzar con vida los sesenta y siete kilómetros que separan la capital de Pozoblanco. La noticia fue confirmada por el teniente coronel Puebla a Rafael López, quien manifestó que el torero venía acompañado en la ambulancia por el doctor Ruiz, quien, ante la extrema gravedad, paró en dicho hospital pensando en que en este centro podían facilitarle los primeros auxilios.

El cirujano jefe de la Real Maestranza de Sevilla y amigo personal del torero fue avisado a nuestra capital, e inmediatamente partió hacia Córdoba. No llegó a tiempo. La muerte ganó la partida.

**LLEGADA DE ISABEL PANTOJA.** —Poco antes de las diez de la noche llegó al Hospital Militar la esposa del torero, Isabel Pantoja, y posteriormente su padre, su hermana Teresa y su cuñado José Antonio, y ya en sus rostros mostraban la tragedia que se avecinaba. Isabel se abrazó al cadáver y no hubo forma de separarla durante más de una hora. El torero tenía previsto marchar hoy a Venezuela a torear un festival benéfico.

**LOS HIJOS MAYORES DEL TORERO NO SABEN LO OCURRIDO.** —Los hijos mayores de Francisco Rivera Paquirri no



## Un triunfador

La imagen es elocuente: Paquirri era un triunfador nato. Esta foto de la Feria de Abril de 1981 muestra al diestro saliendo a hombros por la Puerta del Príncipe. El sueño dorado de los toreros —triunfar en la Maestranza— lo había conseguido en esta ocasión, como en otras, el barbateño. Paquirri tenía además una innegable popularidad, fruto quizá del propio talento del torero, que nunca olvidaba sus raíces. (Foto Archivo A B C.)

conocían ayer, todavía al cierre de nuestra edición, la muerte de su padre, según indicó a Efe Belén Ordóñez, ex cuñada del torero. Belén se encontraba anoche en el domicilio de su hermana Carmen cuando se enteró de la noticia. «Ha sido horrible; todavía no sé nada; exactamente no sé nada; me ha llamado mi tío Alfonso, el doctor Ríos Mozo, Curro Puya... No sé qué decir; es espantoso. Todavía no me lo puedo creer. Voy a ver si hablo con alguien de mi familia, si localizo a mi padre, a mi hermana... No sé qué hacer».

Nada más enterarme de lo ocurrido, Belén decidió acostar a Francisco y Cayetano, hijos del matrimonio de Paquirri con Carmita Ordóñez. «No soy capaz de decirselo. ¿Qué voy a hacer? Yo no soy capaz de decirselo...»

**CAPILLA ARDIENTE.** —En principio, la capilla ardiente fue instalada en el Hospital Militar de Córdoba, y a poco de conocerse la noticia ya se congregaron en el centro sanitario multitud de personas y conocidos del torero. Otras informaciones apuntaban la posibilidad de trasladar sus restos mortales a Sevilla, donde tenía previsto llegar a las 3 de la madrugada.

Se da la circunstancia que Paquirri tenía ayer noche reservada varias mesas en un restaurante próximo a la capital cordobesa para celebrar el final de su temporada taurina. Pero el toro de Sayalero y Bandrés le quitó la vida. En Pozoblanco —como en Talavera, Manzanares, Linares... moría un torero.

## Canorea: "Una de las cogidas más terribles que he visto"

Diodoro Canorea, empresario de la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla, estaba presente cuando la cogida de Paquirri, y dijo a Efe que «es una de las cogidas más espeluznantes que he visto en mi vida».

«La corrida estaba estupenda —ha añadido—, y él estaba contento toreando. Se había llevado el toro a un sitio de la plaza con el terreno más duro, y dio varios capotazos mirando al tendido.» «El toro ya le había dado un aviso —añadió Canorea—, pero él no había hecho caso, y en el segundo capotazo, cuando lo llevaba ante el caballo, lo enganchó.»

«Lo ha tenido durante varios segundos, siete u ocho, colgado en el pitón, zarandeándolo como un papel. El mismo se ha retorcido en el pitón para poder descolgarse, apoyándose en la testuz.»

LA FIESTA NACIONAL

Dieciocho años como torero

Francisco Rivera «Paquirri» nació en Zahara de los Atunes (Cádiz) el 23 de marzo de 1948. Era hermano menor del también matador de toros José Rivera «Riverita». Se crió en la localidad de Barbate (Cádiz). Desde muy pequeño se aficionó a la fiesta nacional al haber sido nombrado su padre conserje del Matadero Municipal, donde tuvo ocasión de estar en contacto con ganado bravo.

En agosto de 1962 se vistió de luces por primera vez en su villa natal y, tras tomar parte en una treintena de festejos en la Baja Andalucía, debuta con picadores el 28 de junio de 1964, haciendo el paseillo en la plaza de Cádiz, en unión de José González Copano y Rafael Giménez Márquez. Sus triunfos continúan finalizando la temporada con un total de treinta y cuatro actuaciones. La temporada siguiente logra sumar treinta y nueve actuaciones, siendo herido de gravedad el 28 de marzo en Zaragoza por un astado de Salvador Guardiola.

El 17 de julio de 1966 tomó la alternativa en Barcelona, de manos del maestro Antonio Bienvenida, actuando como testigo el zamorano Andrés Vázquez. Se lidió un encierro de Juan Pedro Domecq. Sin embargo, el protocolo del doctorado no pudo llevarse a cabo al ser herido al torear de capa por el primer astado de la tarde. El 11 de agosto del mismo año y en el mismo coso, por fin pudo doctorarse, al cederle Paco Camino, en presencia de El Viti, la muerte del toro «Zambullido», de la ganadería de Carlos Urquijo.

Esa temporada toreó diecinueve co-

rridas y en la siguiente se consolida como figura de primera línea, lidiando sesenta y siete festejos. En 1968 torea setenta corridas en España y otras treinta en Hispanoamérica. Su papel como figura del toreo sigue y aunque en 1976 sufre un ligero bache, se repone en el 1977, hasta el punto de cuajar una de sus mejores temporadas y lidiar ochenta y siete corridas.

En la feria de abril sevillana de 1978 sufrió uno de sus mayores percances, al banderillar a un toro de Osborne y ser herido de importancia en ambos muslos. Reapareció en mayo de ese mismo año en Puerto de Santa María y finalizó la temporada en plan triunfador.

Casado en primeras nupcias con Carmina Ordóñez, de cuyo matrimonio tenía dos hijos, ambos decidieron de mutuo acuerdo la anulación del matrimonio. Ello no afectó en demasía la carrera artística del diestro, que continuó en los primeros lugares de la torería.

A comienzos de la temporada pasada contrajo matrimonio con la popular tonadillera sevillana Isabel Pantoja, lo que le obligó a limitar el número de sus actuaciones en España. Este año había decidido no superar las cuarenta actuaciones, hasta el punto de haber anunciado el pasado domingo que iba a dar por finalizada la temporada. A última hora decidió cumplir su compromiso de Logroño y el fatídico de Pozoblanco (Córdoba). Lidiaba su último toro cuando resultó mortalmente cogido.

La muerte ganó la pelea

De pronto, anoche, el mundillo de los toros se paralizó: un toro ha matado a Paquirri en Pozoblanco. La noticia, así, hiela la sangre en las venas. ¿Pero cómo es posible? ¿Paquirri? Sí, ha muerto, lo ha matado un toro. Y los taurinos forman grupos, se unen más que nunca, porque sienten el miedo colectivo de la muerte que ha llegado con todas sus consecuencias. Esa muerte con la que se juega a diario, compañera de viaje cada tarde, pero a la que —a fuerza de volver corrida tras corrida— se le acaba por perder el respeto.

Y de pronto, ¡zas!, la muerte gana un día su pelea y se lleva a un torero para no devolverlo jamás, porque los toros, los grandes y los chicos, los astifinos y los romos, los toros, todos, pueden matar. En cualquier momento pueden romper para siempre las entrañas de un hombre joven y arrancarle la vida de un tirón. Y ni la ciencia ni nadie pueden hacer nada. Los toros matan hasta en la plaza de un pueblo, en medio de un público enaltecido que, a lo peor, un momento antes protestaba porque la corrida no iba bien.

El peligro existe, el peligro en los toros siempre es real. Quizás a veces pasa desapercibido para el profano y en eso basan sus argumentos los demagogos. Pero el peligro en la fiesta es real. Tan real como la muerte de Paquirri.

Cuesta trabajo imaginar que un toro pudiera matar al de Barbate, un torero que había hecho de las facultades físicas el pedestal de su toreo. Cualquier cosa

podía discutirse a Paquirri menos su fuerza y su profesionalidad. Conocía al toro y andaba sobrado para poder con él. Y, sin embargo, como una triste burla del destino, un toro, que debería tener mucha menos importancia que otros, el último que iba a lidiar en la presente temporada, le ha podido para siempre, ha cortado la vida torera a punto de llegar a su meta; una meta que Paquirri se había fijado próxima.

Quería seguir toreando, pero cada vez menos, hasta cumplir los veinte años de alternativa. Era como una última ilusión para conseguir en una profesión en la que había logrado ya las metas más altas. Paquirri, ahora, lo tenía todo, hasta seguridad, mucha serenidad ante el toro, una serenidad que no fue suficiente para burlar la última embestida, la última de todas, la que se llevó irremisiblemente su vida aún joven, demasiado joven, de sólo treinta y seis años.

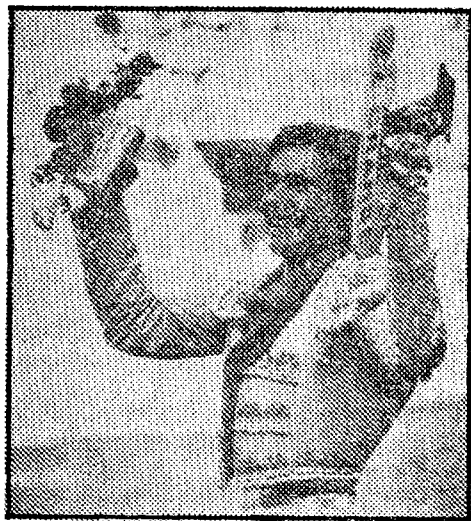
Pueden caer los grandes y los chicos, los de arriba y los de abajo, los que conquistaron la fama y los que iban buscándola: cualquiera, en cualquier momento. Cada tarde, a la hora de hacer el paseo, todos los hombres que forman en el portón de cuadrillas saben, aunque quieren ignorarlo, esta realidad.

Paquirri, de pronto, ha pasado del grupo de las figuras de este tiempo a la larga lista del martirologio taurino. Ha pasado a la historia, pero le ha costado la vida. Así es la fiesta. Descanse en paz. Los taurinos nos sentimos más solos.

Rafael MORENO

Feria de Logroño

Dos orejas para José Antonio Campuzano en su reaparición



José Antonio Campuzano reapareció ayer en Logroño, tras la grave cogida que sufriera recientemente en la plaza riojana de Calahorra. El diestro sevillano tuvo una gran actuación en su primero, al que cortaría dos orejas y salió a hombros al término del festejo. Se lidió ganado de Felipe Bartolomé, informa Efe.

Campuzano en su primero estuvo muy lucido, realizando una magnífica faena, que hizo vibrar al público, totalmente entregado al torero. Tras terminar con su enemigo fue premiado con las dos orejas. Su segundo le ofreció más dificultades.

Tomás Campuzano había brindado su primero a su hermano, pero tampoco pudo sacarle faena. Mejor estuvo en el último, con una faena muy vistosa, tras la que cortó una oreja. El primer espada era Julio Robles, que instrumentó algunas buenas series a su primero, pero sin culminar, siendo aplaudido. En su segundo realizó una faena meritoria, aguantando mucho. (Telefoto Efe.)



Pepe Luis Vargas, en casa

Ayer por la noche, en avión, volvía Pepe Luis Vargas a casa después de la cornada que recibiera en Logroño. El diestro fue recibido por muchos partidarios de su Peña, desplazados desde Ecija, y sólo sueña con volver cuanto antes a la cara del toro. Es el sino de los toreros. (Foto Esquivias.)